

Comprensión

PRIMER PREMIO EN EL XVI CONCURSO DE “RELATOS CORTOS – RELATOS DE MUJER” DE SANTURZTI (Bizkaia) - Mayo 2015

Los pillastres de la aldea se escondían por las esquinas y, disimulando la voz, gritaban al paso del cura: “Donata, Donata, bis, bis bis, Donata” imitando a alguna vieja a la que se le hubiera perdido la gata. Don Atanasio suspiraba resignadamente, y le encomendaba, una vez más al Señor, el alma de pocas entendederas de su padre, que le había bautizado sin prever que algún día saldría del seminario con el don incorporado, dando lugar a la broma fácil. Tampoco el padre había podido imaginarse que aquel lechoncillo llorón, al que llamó como al abuelo, llegaría a ser un mocetón rubicundo y barbilampiño, de gestos amanerados y aficiones censurables en la época en que le tocó vivir, aunque bien disimuladas por el manteo. Fue su tía Remedios la que, el mismo día que Atanasín cantó misa, le dijo a su cuñada sin disimulos, que ahora que el niño llevaba faldas, no se le diferenciaba de ella más que en lo corto del pelo que le impedía hacerse el moño. La orgullosa madre del nuevo sacerdote, le negó la palabra a la hermana de su marido para siempre, advirtiéndole a él, que si aquella sacrílega deslenguada volvía a traspasar el umbral de su casa, ella saldría para no volver jamás. Lo que nunca consiguió la abnegada doña Etlvina, fue, el porte de hombría que le habría gustado para su hijo adorado, ni evitar las burlas crueles de los zagales. Tampoco los viajes que don Atanasio hacía, más o menos, mensualmente a la capital, para cenar con la curia catedralicia y estar así al tanto de las novedades, imprescindibles, según él contaba, para mantener viva la aldea. La anciana se imaginaba con qué clase de obispillos pasaba la noche el hijo, aunque él ocultaba celosamente los cardenales con que volvía a casa, pero se consolaba suponiendo que nadie lo sabría y si acaso alguno pudiera descubrirlo, sería porque andaba en las mismas y tendría que callar; levantaba aún más la barbilla, apretando los dientes, intentando engañarse aparentando dignidad, pero sin conseguir convencer a la gente, que a pesar de todo, quería a su cura como a la imagen de San Roque y por nada le harían daño, aunque se sonrieran socarronamente consintiendo las pillerías de la muchachada.

Mon había pasado de ser monaguillo a sacristán con la misma naturalidad con la que le había salido la barba. Se había criado entre la sombra de la ermita y la de la iglesia parroquial; había pasado de la tutela de don Braulio a la de don Atanasio al morir el primero, igual que cualquiera de las imágenes del templo, igual que las puntillas de los altares o la pesada llave de hierro del portón principal que poco se usaba, porque don Atanasio, desde el día en que tomó posesión de su plaza, dijo a la gente que la Casa de Dios estaría siempre abierta para los vecinos y cumplió su palabra. Mon era, literalmente, hijo de la feligresía. Su madre, que lo había tenido de soltera, lo dejó al cuidado de la abuela para irse de ama de cría a la ciudad y nunca regresó; la precaria salud de la vieja había alcanzado hasta apuntarlo al catecismo, y desde entonces, sin más parientes que un perrillo viejo que tampoco duró mucho, dormía en un catre en la sacristía y comía en la mesa de don Braulio, aunque el plato se lo llenaban las vecinas con gustosa generosidad, a cambio de contar con él para cualquier recado mientras fue

chico o para cualquier trabajillo doméstico que los hombres de la casa no pudieran atender por encontrarse en las tierras, al ir creciendo. Pero lo que atraía a Mon hasta el embobamiento era la estación: ver llegar los trenes, la autoridad de la gorra, el silbato y la bandera roja que ordenaba las partidas, los paquetes que se cargaban y descargaban, el olor a humedad y semipenumbra del almacén, a polvo seco en la oficina; la magia del cristal de la ventanilla del despacho de billetes; la quietud de las vías descansando en domingo. Se hizo hombre Mon, aunque de menguada talla y pocas gracias, sin que le faltara una camisa vieja, un jersey tejido al amor de cualquier lumbrera de la aldea o unos zapatones usados, y en la romería de uno de los pueblos vecinos, se enamoró. Lo habían llevado los mozos, a quienes divertía porque sacaba a bailar a cuantas rapazas se le ponían a tiro, sin importarle recibir tantas calabazas como solicitudes hacía. Le habían enseñado a contestar a las negativas con una puya que hacía reír hasta a las propias muchachas:

- ¿Bailas?
- No.
- Así te aburres. Pues no te aburras más, que ya lo eres bastante.

Alguna había, más simple, que se tomaba a mal la chanza, y entonces eran los zagales los que se encargaban de burlarla durante toda la noche. Con lo que no contaba nadie fue con la casualidad de que en una ocasión, una hembra bien plantada aceptara el baile. Era una forastera, invitada a las fiestas de la Virgen del Carmen, en no se sabía qué casa, de la que tampoco se conocía el nido del que cayera. Mon la había visto bajarse de un vagón de tercera del tren de las diez y supo encontrarla en el baile sin preocuparse de ninguna otra. Y a pesar de que no quedó vecino que no aconsejara a Mon, los casó don Atanasio, recién llegado al pueblo, tras una conversación en la que no quedaron dudas:

- Ya sabes lo que dice la gente.
- Lo que diga la gente me importa un pito.
- ¿Y si es verdad que es una descarriada que sólo busca cobijo?
- Que lo sea. Derecho tiene a encontrarlo.
- Bueno estás tú para arreglar a nadie...
- De momento la que me arregla es ella a mí, padre Atanasio. Con el dinero que trae arreglaré un poco la casa de mi abuela, cocina como nunca había yo probado y de lo otro... qué le voy a decir...
- No, hijo, no, no digas, no digas. Estando las cosas tan avanzadas, mejor que tengáis las bendiciones. Pero no olvides que hablarán, y que si a ti no te escuece, tal vez a ella.
- Quiá, pase usted cuidado. Lo único, que aquello de darme un sueldo que había prometido el señor alcalde una vez...
- De eso me encargo yo.

El párroco reflexionó, como pocas veces había hecho, y llegó a la conclusión de que Mon tenía sus razones de peso: sólo aspiraba a mesa y compañía y engañado no iba; ella necesitaba acomodarse con un hombre que se conformara con lo que podía darle y lo había encontrado. Era un trato justo. Se miró al espejo y terminó por admitir que él aceptaría al mismísimo Judas Iscariote en su casa a cambio solamente de la convivencia comprensiva.

Y se casaron, a las siete de la mañana, sin más testigos que San Roque y la imagen de la Virgen del Carmen, sin que tampoco tuvieran más problemas con nadie, porque la gente optó por la tolerancia, dada la bendición del cura, y a alguna lengua ociosa la atajó a tiempo don Atanasio:

– ¡Ay Merceditas! ¡Si no se nos olvidaran los errores mozos...! Por aquello de la viga y la paja, que todos sabemos...

A más de uno, en el pueblo, se le caía la baba al ver pasar a la Balbina a la fuente a por agua con el brazo izquierdo a la cadera y el derecho levantado sujetando el cántaro sobre la cabeza. En una ocasión tuvo la recién casada que pararle los pies al tabernero:

- Pásate por mi casa y te cambio por vino el agua, resalada.
- Apártese usted del camino, no sea que se me resbale un pie y se le rompa la tinaja en la cabeza.
- No te pongas brava, que no tienes quien te defienda y a estas horas no pasa un alma por aquí.
- Mejor. Porque así nadie podrá contar como le descalabró a usted una señora.

Sin que el tío Lucas pudiera contar dos instantes, dejó ella el agua en la hierba de la orilla, y mientras se incorporaba, salió disparado el cantazo que le abrió, acertadísimamente, una ceja al hombrón. Se puso el jarro en la cintura y encaminó rauda a su casa, sin pararse a contemplar cómo la sangre arrollaba rostro abajo del herido, ni a oír sus maldiciones.

- Dígale a doña Lourdes que le dio a usted una coza la mula, no sea que alguien le abra la frente por el otro lado.
- Y no le mentaré, que peor que una mula eres tú.

Seguramente la mención de su esposa fue más efectiva que la pedrada, bien supo la mujer defenderse, porque detrás de doña Lourdes, que ya de por sí era de temer, estaban el suegro y los cuñados, que no tendrían que pensarse mucho cómo usar los puños.

Más de un lustro duró la tranquilidad en casa de Mon, que además de sacristán hacía de alguacil del ayuntamiento y de mozo de estación es decir, era *el chico para todo* del pueblo, además de cartero ocasional del escaso correo que llegaba al cabildo, pero eso sí, cobrando cada mes, lo que permitía a la pareja vivir bien, teniendo además el gallinero, una conejera, dos gorrinos cada año y la huerta, que Balbina aprendió pronto a cuidar como si toda la vida hubiera sido aldeana. El puesto le encantaba a Mon, porque le permitía recorrer libremente los caminos, de esquina en esquina, de quintana en quintana, sabiendo de vidas y haciendas más que el médico y el cura juntos. Sobre todo, le permitía acudir a la estación a recibir a cada tren, a ayudar a descargar mercancías, incluso a veces, a subirse a la plataforma para colocar un bulto. Al toque de silbato, trastabillaba el convoy entre estornudos, vía adelante, y salía Mon por el portón de hierro de la estación, como un pájaro libre hacia los pagos del pueblo a otra ocupación. No faltaban las propinas. Lo que no venían eran los hijos, pero ninguno de los dos se lamentaba.

- ¿Y para qué iba yo a querer chavales, don Atanasio?
- Porque son la bendición de Dios al matrimonio, hombre.
- Pues a mí me basta con que San Martín me bendiga a los gochos.
- Más bruto y naces acémila, Mon.
- Párese usted a pensar, señor cura. Si yo tuviera críos... buenos los iban a poner en la escuela, hijos de la Balbina y nietos de mi madre. Que bien sabe usted cómo se las gastan, esa bandada de diablos sueltos.
- Y lo dices así, tan fresco.
- Al pan, pan, y al vino, vino. Y al que le pique, que se rasque.

Don Atanasio cortaba las conversaciones antes de que giraran por derroteros escabrosos, y en el fondo, admiraba la capacidad de aceptación que demostraba su

sacristán y de la que no le vendría mal a él un poco, para acallar la tormenta de remordimientos en la que vivía.

Un martes volvió Mon a su casa a media mañana, para sorpresa de su mujer, que bregaba con los fogones.

- Esta carta lleva tu nombre, venía sin señas, sólo el pueblo.
- ¡Rediez! ¿Y remite?
- Tampoco.
- ¡Échala a la lumbre!
- Eso no se hace.
- No será nada bueno.
- Pues más a mi favor. Lo malo ha de saberse cuanto antes, para defenderse. Si se puede. Y si no, para prevenirse. Si se puede.

Cogió Balbina el sobre, lo metió arrugado en la faltriquera de su mandil y siguió cocinado.

- ¿Qué haces?
- Arroz con leche.
- ¿Y de antes?
- Fabes. Como dijiste que de berza estabas harto...
- ¿Y el botillo que merqué el jueves pasado?
- Ese para el domingo, que con lo mejor hay que santificar el día.
- Con eso en la mesa, no puede haber nada ahí – y señaló al bolsillo en el que había desaparecido la carta – que lo estropee. A las dos estoy aquí. Como un clavo.

Aparentemente, el banquete de aquel martes fue rotundo, y sobró postre para la cena y para el día siguiente, pero desde aquel día, Balbina aborreció el dulce. Incluso el botillo de la fiesta de guardar se le atragantaba pensando en el día siguiente. El lunes, se levantó más temprano que de costumbre.

- Voy a la capital. En el tren de las ocho.
- Claro, ya entiendo yo que andando tardarías. Y volverás al oscurecer, en el de las nueve, supongo.
- Eso.
- Y supongo también, que por algo de la carta aquella...
- Era del ama donde servía antes. Está mala y quiere que vaya.
- Bueno.

Por vez primera, que recordara, no acudió Mon al último tren: vio a la Balbina bajarse, malhumorada, desde las bisagras del portón, y esperó a que ella estuviera en casa para buscar la cena y el descanso de la noche. No sabía explicárselo, tampoco lo necesitaba, pero ni le gustaba encontrarse con ella en la estación ni quería traspasar su puerta sin que su mujer estuviera trasteando en la cocina.

No fueron tantas las mentiras que Balbina tuvo que contarle a su marido, más bien fueron omisiones lo que se vio obligada a perpetrar. Realmente, había trabajado en casa de La Casilda antes de casarse y aquella mala pécora había descubierto, se le hacía imposible imaginar cómo, su paradero. Como antes de escaparse había limpiado el cajón de los cuartos, en concepto de servicios atrasados, con generosos intereses, ahora la madama le reclamaba, o bien la devolución del dinero, más los réditos convenientemente abultados, o el pago en especie hasta saldar la deuda. A cambio de su silencio.

Balbina pactó acudir a la ciudad cada quince días; con efectivo, no contaba. Mon no le pedía explicaciones, y el hecho de que ella se las diera, le confirmó que algo no estaba claro.

- Doña Casilda, que no anda muy bien.
- Poco le vas a arreglar, cada dos semanas.
- Es para que le haga... arroz con leche.

Al poco tiempo, no más de un mes, la obligaron las circunstancias a acudir dos martes seguidos. Se le ocurrió, que en vez de volver a dar explicaciones, sería mejor dejarle el desayuno preparado al hombre, encima de la mesa de la cocina.

- Si yo no digo nada de que vaya y venga donde quiera, don Atanasio, si no digo nada. Pero le puse el café al gato y tardó tres días en despertarse. Y eso no me gustó, ya ve usted. Si no iba a decirle nada, y nada le dije, aunque no me pasara el día durmiendo.
- No querría preocuparte, hombre, no se lo tomes en cuenta.
- No, si yo ni tomo ni dejo de tomar. Y tampoco hago caso de las comadres. Mientras me deje el puchero preparado y vuelva para poner el del día siguiente... Y que de vez en cuando me haga... arroz con leche. Ya que para eso va a donde la llaman...
- Siempre hay una razón para las cosas, aunque no la sepamos comprender. No se lo tomes en cuenta, hijo, hay que tener confianza.
- ¡Qué confianza ni qué leches! Los cuernos duelen un poco de la que salen. Después ya...
- ¡Mon! ¡Cómo puedes hablar así!
- Porque las cosas claras y el chocolate espeso, don Atanasio. Y al que le pique, que se rasque.

A Balbina le dio por ir a rezar a la ermita. Le gustaba más que la iglesia del pueblo, porque allí se encontraba con San Roque a solas, sin beatas que pulularan observándola. No era una escultura, con barba y todo, como la de la parroquia, sólo era una imagen pintada y colgada de la pared, pero seguía siendo el Santo. Se arrodillaba ante él y con el entrecejo apoyado en los puños, le rogaba.

- ¿Qué le daré yo a mi hombre para que ciegue, señor San Roque? ¿Qué he darle?

Una voz misteriosa, que la acústica de la capilla se encargaba de difuminar y distorsionar aún más, susurraba: “arroz con leche”... “arroz con leche”. El beneficiario de la situación, era el paladar del sacristán.

En una de las excursiones, Balbina y don Atanasio coincidieron en la populosa estación de la capital, en el andén de cercanías que a ambos les correspondía. Los dos volvían a su guarida tras las turbulentas aventuras respectivas, y sintieron la violencia del rubor que en otras ocasiones no habían experimentado, porque para que la vergüenza aflore, son necesarios, al menos, dos. El bajarse del tren en compañía del sacerdote, en la estación del pueblo, le pareció a Balbina que dignificaba su viaje, mientras que al padre se le antojó el peor de sus regresos precisamente por la presencia de la mujer. Aunque sabedor de aquellas escapadas periódicas, y sospechando la turbiedad de las mismas, nunca se le había ocurrido que podría poner él un remedio. Hasta aquel momento.

Fue fácil seguirla y corroborar las indecorosas presunciones. Fue más complicado hacer salir a la alcahueta de su madriguera, pero teniendo amigos hasta en el infierno, como era el caso de don Atanasio, la gruesa celestina accedió a acudir, sin pintarrapear, a la explanada de la catedral a entrevistarse con una sotana. Costó más trabajo apaciguar los ánimos de los aldeanos, que incapaces de asumir el expolio de su cuadro de San Roque, no se conformaban con la visita de la Guardia Civil, que nada les solucionó más que ratificar que se trataba de ladrones profesionales, porque no se notaba desperfecto alguno en las cerraduras, y habían desprendido con sumo cuidado la

tela del bastidor y del marco. La voz popular reclamaba a su alcalde que recurriera a la Diputación Provincial, a los Guardias de Asalto y al Gobierno de Madrid, si hiciera falta, para recuperar a su Santo, que había resultado una obra valiosa, además de antigua y venerada.

No había consuelo para don Atanasio, que decía sentirse culpable por no vigilar bien los candados, por aquella costumbre suya de confiar en todo el mundo. En el silencio de su conciencia, pedía perdón a Dios y al pueblo, y justificaba su heroica decisión de salvar una familia y dos almas. Aborreció el sacerdote al ferrocarril en el que había obligado a San Roque a exiliarse enrollado en una maleta, por considerarlo cómplice del despojo, y también al empedrado de las calles viejas de la urbe, de donde no había levantado los ojos hasta llegar al escondrijo del poco escrupuloso anticuario que le habían recomendado. Pasaron varios meses sin dejarse mecer por el traqueteo del vagón de tercera y tuvo el presentimiento de que aquel sacrificio lo había librado de sus servidumbres carnales; hasta que la desesperación de la abstinencia lo obligó a volver a coger el tren, acongojado por sus pecados, inerme ante la tentación. Abominó del tren, mientras se acomodaba en el asiento de tablas, pegado a la ventanilla, porque en algo debía volcar su rabia impotente, pero le confortó comprobar que Mon había vuelto a disfrutar de la estación como si nunca nada le hubiera alejado de ella.

Lo peor de todo el proceso, el paso que más le había costado dar, al atribulado cura, también había sido una cuestión de seguridad y comprensión, el transmitirle a Balbina aquellas seis palabras: “ya no hace falta que vuelvas”, mientras señalaba, cabeceando, al hueco que había quedado en la capillita de San Roque. Ella captó al instante el mensaje completo, y, rebosando secreto y enorme agradecimiento, lo tranquilizó.

- No volveré, padre, ahora que el Santo no está, pierda cuidado, que ya no tengo a qué volver. Le rezaré a Dios, que Ese está en todas partes, mientras remuevo en casa la cacerola ... de arroz con leche. Pierda usted cuidado...

Aquel “pierda usted cuidado” fue la máxima expresión de comprensión y confianza que nunca recibiera.

Eva Barro García